

los tiempos en que la actividad política y la inquietud literaria constituían una aventura que podía concluir en la cárcel. Recordemos, a guisa de ejemplo, su consignación, al lado de Jorge Cuesta, por faltas cometidas a la moral pública al utilizar palabras altisonantes en su novela *Cariátide*. Pero también y sobre todo, se ha perdido la dramática presencia de la convicción asumida.

Sergio Anzaldo

LA LITERATURA DEL RECHAZO

Rubén Salazar Mallén, el muchacho que hacía grandes esfuerzos por aparentar ferocidad, ha empezado a ser recuperado por la historia como uno de nuestros más importantes “raros”. Esto no es consecuencia de su proyectada ferocidad —era uno de los hombres más bondadosos que hemos conocido— sino de su condición de proscrito, de marginado de los cenáculos, de permanente heterodoxo de nuestras letras, de forjador, en sus casi ochenta y seis años, de una de las pocas leyendas de escritor maldito.

Imagen y fama que no carecen de fundamento. Su vida es sinónimo de combate. De un combate entablado como caballero medieval contra quienes transmiten la miseria humana, contra esa multitud de cosas que engendran la violencia y la injusticia, contra el propio destino del hombre y su sociedad.

Hombre obstinado en la diversidad, hizo de la negación su máximo ejercicio imaginativo: luchador comunista que reniega irónica y creativamente de ese paraíso, militante fascista que abandona a Mussolini para abrazar el anarquismo, nihilista por vocación que se siente condenado desde

su nacimiento porque supuso, con justa razón, que la tierra ya es el infierno.

Pero la constante en la vida y obra de Salazar Mallén fue el ser contemporáneo de sí mismo y de todos. de permanecer fiel a su vocación de provocador que en toda circunstancia supo decir NO; no a las instancias de poder, no a los privilegios de la burocracia; no a la moral y a la justicia imperantes, no a los sucesivos ideales de salvación que abrazó, para desdeñarlos después, porque en él, la esperanza no tenía cabida.

La trascendencia literaria de Rubén Salazar Mallén generalmente es confinada al escándalo que provocó la publicación de dos capítulos de la novela *Cariátide* en la revista *Examen*, cuyo editor era Jorge Cuesta. Fragmentos que originaron el único proceso judicial entablado en México contra una obra literaria por el empleo de lo que en aquella época se llamó “cínicas expresiones”, “inmoralidades sin recato” y “lenguaje procaz”. *Cariátide* casi le cuesta la libertad, pero significa para la literatura mexicana la apertura a lo que Octavio Paz ha llamado el “Lenguaje sagrado (de) las malas palabras, único lenguaje vivo en un mundo de vocablos anémicos. La poesía al alcance de todos”.

Cariátide es, asimismo, la primer novela de tono anticomunista que se escribió en México, —antes que José Revueltas—, inicia, además, el estilo que habrá de caracterizar a Salazar Mallén, un estilo casi cinematográfico, nervioso, de frases cortas, sustentado en el diálogo y en la interiorización de la psicología de los personajes.

Y si bien esta novela marca un acontecimiento decisivo en nuestras letras, no debe ser factor para valorar en forma discriminatoria su producción posterior. Publicará diez novelas más, dos libros de cuentos, dos piezas de teatro y múltiples libros de ensayos cuyos temas van desde Sor Juana hasta *El Hegel de Hegel* y *El Hegel de Marx*.

De su creación literaria, destaca *Soledad* (1944), que en

palabras de José Emilio Pacheco es “una obra maestra y uno de nuestros clásicos en la línea de la novela corta que tan bien se le ha dado a los narradores mexicanos desde fines del siglo XIX”. Se trata de una espléndida narración de tono subjetivo, donde el humor negro nos revela en forma patética la angustiada desesperanza de un burócrata consumido en el tedio de una vida y destino estériles.

En *Viva México* y *La Sangre Vacía* asistimos al proceso de descomposición de un México carcomido por la violencia, el poder y la corrupción. Ambas novelas son un caleidoscopio en el que sus múltiples espejos reflejan la miseria de la condición humana, son la muestra inquietante de su degradación y la constatación de la ingente decepción del hombre. Sus personajes son los sobrevivientes de la desolación en que nuestra época se consume: “Todo en la vida ha sido organizado en servicio de los perversos y los estúpidos, todo es canallesco o idiota”, exclamación que en labios de Aquiles Alcázar, uno de sus personajes más logrados, refleja la mayor preocupación de su autor: el destino del hombre y su sociedad. La inquietud por la soledad rodeada de un desierto de detalles particulares, por el desasosiego, maldad, indiferencia, codicia, frialdad y violencia que sustenta el hombre como axioma de vida.

Sin embargo, su preocupación no es mesiánica: es la del nihilista que encuentra solaz en la reiteración escandalosa de la imprecación, la blasfemia y la sordidez. Pero también es la del anarquista que busca en la transgresión y la negación deliberada y sistemática, la única posibilidad de combate.

La obra de Rubén Salazar Mallén hay que revalorarla como el testimonio de una vida que encarnó la descomposición del siglo, pero ante todo, como el espejo donde nuestra propia imagen se ve reflejada para arrebatarnos nuestra lejana esperanza.

Jorge Luis González Santana